

¡Qué atrocidad!... ¡Dios mío, perdónale, porque no sabe lo que dice!

Y perdona también, Padre misericordioso, al atolondrado Gobierno de Costa Rica, que gasta el dinero de los contribuyentes cristianos en imprimir y divulgar esas burradas.

Volviendo al *Mas-ferrer* ese, ¿qué se va á esperar de un pobre insensato que cree que las ideas salen de los intestinos?

Pues así, sin quitar ni poner, así lo dice el *Masferrer* que *pide á Dios cuenta* (!!!) en lugar de pedirle humildemente perdón de sus pecados.

«Por todas partes no verá sino grande armonía, profunda armonía; como que sus ideas *vendrán ya de los intestinos* bañadas en el rocío de la dicha»...

.....  
—¿Que apague y nos vayamos—dicen ustedes?

Pues apago y lo dejo, sin acabar el examen del número 1.º de *La Revista Nueva*.

Pero no sin admirar una vez más la... *sabiduría* del Gobierno de Costa Rica, que costea, con el nombre de Revista literaria, la impresión de estas... cosas.

¡Como si fueran literatura los disparates!

## VI

Soneto purgante.

En el último número del *Album Ibero-Americano*, periódico semanal con ilustraciones, dirigido por la egregia escritora D.<sup>a</sup> Concepción Jimeno de Flaquer, me he encontrado con un soneto que, francamente, no corresponde á la fama que su autor, D. Salvador Díaz Mirón, tiene de poeta de primer orden allá en Méjico.

Los lectores del primer *montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS recordarán que este Díaz Mirón, poeta de primer orden, según la clasificación americana, es aquel Díaz Mirón, poeta mediano según la clasificación nuestra, á quien otro poeta mucho peor, Manolín Gutiérrez Nájera (que ya se murió de puro malo), dedicaba aquellos versos llenos de barbaridades y de ripios, uno de cuyos cuartetos empezaba:

«No te brinda la musa sus favores...»

Bueno; pues esta era la única verdad que decía el pobre Manolín en aquellos versos.

Verán ustedes cómo efectivamente á don Salvador Díaz Mirón no le brinda sus favores la musa.

El soneto que va á servir de demostración lleva por título y dedicatoria, todo en una pieza, A TI.

No se yo quién será *Ti*, ni ustedes tampoco lo sabrán regularmente; pero ni á ustedes ni á mí nos importa saberlo.

Supongamos que sea una mujer, y vamos á ver lo que la dice.

## A TI

«*Portas* al cuello la gentil nobleza  
Del heráldico lirio...»

¿Que qué quiere decir con esto el Sr. Díaz Mirón, me preguntan ustedes?

¡Ah! yo no lo sé... ni él acaso tampoco.

¡*Portas* al cuello!

En primer lugar, el verbo *portar*, activo, está anticuado; no se usa en castellano hace ya siglos, á no ser en composición, como en porta-fusil, porta-manta, porta-mosquetón, porta-monedas, etc.

Hasta el Diccionario académico, que da como corrientes muchas voces sin uso, pone la nota de anticuado al verbo *portar*, activo.

Doña Emilia Pardo, que es muy aficiona-

da á lo extravagante, decía en aquel famoso cuento en que puso alas á la garduña: «¿Qué haces, pasmón, que no *portas*?» por decir que no *traes*, lo cual probará cuando más que el verbo se use en gallego, pero no que se use en castellano.

No; en castellano y fuera de composición sólo se usa este verbo como reflexivo, en la acepción metafórica de *conducirse* moralmente. Así se dice: «Fulano se portó bien», ó «Fulano se portó mal», para significar que observó buena ó mala conducta. Y también se usa el participio pasivo portado, con los adverbios *bien* y *mal*, en la acepción de aseado, vestido... Verbigracia, «Fulano se presentó *bien portado*».

Todo eso se puede decir y se dice.

Lo que no se puede decir es *aportas* al cuello. Se dice *allevas* ó *traes* al cuello.

Mas prescindamos generosamente de la extravagancia del *portas* y repitamos la frase, á ver si logramos entenderla:

«*Portas* al cuello la gentil nobleza  
Del heráldico lirio...»

¿Qué querrá decir D. Salvador con eso?... ¿Qué será ó qué significará llevar al cuello la gentil nobleza del heráldico lirio?...

¿Será que la señora á quien se dirige lleva al cuello una flor de lis?... ¿Querrá decir que tiene el cuello blanco como una azucena?...

¡Vayan ustedes á saber!...

Y eso que... no: mejor es que no vayan; porque tendrán que volverse como habían ido, sin averiguarlo.

Vamos adelante.

«Portas al cuello la *gentil nobleza*  
Del *heráldico lirio*; y en la mano  
El puro corte del cincel pagano;  
Y en los ojos abismos de belleza.»

Es decir; *portas* en la mano el puro corte... etcétera, y *portas* en los ojos abismos... etc.

¡*Portar* es!... Pero en fin, esto parece dar á entender que en aquel verso y medio del principio, no se trataba de un adorno, de una flor de lis que llevara ó *portara* al cuello la dama, sino de la blancura y belleza natural del cuello, puesto que en los otros incisos también se trata de bellezas naturales.

Pero en este caso es impropia también la frase *al cuello*, pues lo propio sería decir «en el *collon*», como se dice luego «en la *mano*» y «en los *ojos*»...

Y además... ¿por qué se ha de llamar *gentil nobleza* á la blancura?...

Nada... que no se sabe cómo entenderlo.  
Pasemos al cuarteto segundo:

«Hay en tus rasgos *acritud*...»

¡Caracoles!... ¡Vaya una flor que echa el vate á la dama!

*Acritud* es... aspereza, desabrimiento, mal humor, genio avinagrado...

De manera que después de haberla dicho que portaba al cuello la *gentil nobleza*... y todas aquellas cosas, ¿ahora resulta que es una señora rabiosa, mal educada y áspera como un cardo borriquero?

A no ser que el poeta no sepa lo que es *acritud*...

Porque acá entre nuestros modernistas, hay muchos que creen que *acre* es cosa buena, y llaman *acres* á los colores bonitos, y á los placeres y á cualquier cosa...

En fin, vamos á ver en qué para.

«Hay en tus rasgos *acritud* y alteza,  
Orgullo *enrudecido* en un arcano...»

Que es como si dijéramos, majaderías bordadas en un caldero de azófar...

Porque me parece á mí que así servirá el arcano para *enrudecer* el orgullo, como el caldero para bordar... ó para hacer sonetos.

Otra vez:

«Hay en tus rasgos *acritud* y alteza,  
Orgullo *enrudecido* en un arcano;  
Y resulto en *mi prez* un vil gusano  
Que á un astro empina la *bestial* cabeza.»

¡Qué disparatar y qué amontonar improperios!

Ya no es de extrañar que el poeta llame avinagrada y áspera, y aun arpía, á la *obsediada* en el soneto, cuando á sí mismo no se perdona.

Como que se llama, *en su prez, gusano vil con cabeza bestial.*

¡Hombre, no! Bueno es que sea usted humilde, pero... ni tanto, ni tanto.

Aparte de que lo de la cabeza *bestial* del gusano tampoco está bien, porque á los gusanos no se les suele llamar *bestias* ni se suele decir de ellos que tengan cabezas *bestiales*.

Y no crean ustedes que los tercetos son mejores, ¡quía! Todo lo contrario.

Como que dicen:

«Quiero pugar con el amor...»

Tampoco ese pugar está bien: tampoco se usa ese verbo en tales circunstancias. Se dice: «quiero *luchar*...»

Verdad es que así es como dicen todos, y si lo hubiera dicho también el Sr. Díaz Mirón, no habría extravagancia, que es lo que á él le gusta, por lo visto.

Parece primo de D.<sup>a</sup> Emilia...

Continuemos:

«Quiero pugar con el amor, y en vano  
Mi voluntad se agita y endereza  
Como la grama tras el pie tirano!»

Advierto á ustedes que esta admiración,

igual que las otras de los cuartetos, es del autor, que de todo se admira, ó de todo quiere que nos admiremos los lectores: hasta de las cosas más simples.

«Humillas mi *elación* y mi *fiezeza*...»

¡*Fiezeza!* ¡*Elación!*... ¡Cómo se pone el hombre de perrerías y de arcaísmos!

Acabemos.

«Humillas mi *elación* y mi *fiezeza*,  
Y resulto *en mi prez* un *vil gusano*...»  
(Y vuelta allá con la *bestial* cabeza.)

Así, variadito.

Y nada más.

\*  
\*\*

—Pero, diga usted...

—¡Ah, sí! Ya sé lo que me van ustedes á preguntar... Ustedes me perdonen... Se me había olvidado explicárselo...

Que por qué he llamado al soneto de Díaz Mirón soneto purgante, ¿verdad?...

Pues no es precisamente porque sea malo, que sí lo es, como ustedes han visto, sino porque está fechado en Jalapa.

## VII

La composición, por decirlo así, que van ustedes á conocer se titula *Noches de luna*, y su autor es Víctor Rocamonde, venezolano recomendado, el cual parece como si se hubiera propuesto achicar á todos los que han usado hasta ahora imágenes disparatadas.

Empieza así:

«La tarde como un nardo languidece...»

¡Figúrense ustedes qué semejanza podrá tener la tarde con un nardo!

«La tarde como un nardo languidece...»

Si, como parece natural, el languidecer de la tarde es oscurecerse, acabarse el día y empezar la noche, este languidecer no puede parecerse nada al del nardo, que aunque lan-

guidezca ó se marchite no se oscurece, se queda blanco lo mismo que antes.

Continuemos:

«La tarde como un nardo languidece  
En un búcaro azul...»

¡Ya escampal que decía el otro, y llovía á cántaros.

Porque, en primer lugar, no se sabe si el vate quiere decir que la tarde languidece como languidece un nardo en un búcaro azul, ó quiere decir que la tarde languidece en un búcaro azul como languidece un nardo.

Si quiere decir lo primero... ¡vaya un hipérbaton!... ¡vaya una trasposición salerosa!

Si quiere decir lo segundo... ¡vaya una imagen! ¡vaya una extravagancia!

¡La tarde languideciendo en un búcaro azul!...

Que querrá el vate que sea el cielo, regularmente.

Pero, vamos, ¡que el cielo convertido en búcaro de la tarde!...

Y todavía no hemos examinado más que verso y medio...

Vamos adelante:

«La tarde como un nardo languidece  
En un búcaro azul: el níveo astro  
Emerge de las sombras...»

Bueno; esto último quiere decir que sale la luna... Sigamos:

«..... el níveo astro  
Emerge de las sombras y parece  
Cisne de luz en lago de alabastro.»

¡Parecer es! Pero, vamos, que parezca.  
A otro cuarteto.

«Y al sacudir su cabellera blonda...»

¿Quién, el cisne?... Los cisnes no tienen cabellera, ni blonda, ni blanda...

¿La luna?... Tampoco la luna tiene cabellera blonda... Ni de otro color; pero, en fin, de tenerla, no sería blonda. ¿No acaba usted de decir que es un astro níveo, es decir, parecido á la nieve, es decir, blanco?...

Del sol se suele decir figuradamente que tiene cabellera blonda, porque despide rayos que parecen rubios, dorados.

Pero de la luna que no despide rayos, como que no tiene luz sino prestada, pues no hace más que reflejarnos la que del sol recibe, no se dice que tenga cabellos ni se habla nunca de su cabellera.

De modo que no sabemos de quién querría el vate que fuera esa cabellera blonda; pero no pudiendo ser ni de la luna ni del cisne, porque ni una ni otro la usan, la tal cabellera viene á ser un falso testimonio.

¿A ver, qué más?

«Y al sacudir su cabellera blonda  
Sobre el inmenso piélago de brumas,  
Parece...»

¡Dios mío! ¿Qué parecerá?... Algún disparate muy gordo; porque ¡son unos parecidos los que encuentra este hombre!...

«Y al sacudir su cabellera blonda  
Sobre el inmenso pléago de brumas,  
Parece que en el seno de una onda  
Deshace algún querub copos de espumas.»

¿No lo dije?...

Una atrocidad tenía que ser; se me estaba asentando á mí. Pero no creía que iba á ser tan grande.

¡Cuidado con decir que un querub, deshaciendo copos de espumas en el seno de una onda, se parece á la luna ó al cisne cuando tienden sobre el piélago de brumas su cabellera blonda!...

Ó viceversa...

A más de que sobre no rastrearse en manera alguna el parecido, sólo el suponer á un querubín en el seno de una onda deshaciendo copos de espumas es ya un disparate...

Tan grande como el suponer á la luna ó al cisne de luz tendiendo su cabellera blonda sobre el inmenso piélago de espumas...

Y ahora caigo en que, efectivamente, en

algo se parecen los dos términos de la comparación de Rocamonde... En ser ambos disparatados.

Vamos á otro cuarteto.

«La negra maga despertó...»

No traten ustedes de averiguar por ahora quién es la negra maga; porque no puede saberse tan pronto... y acaso no lo sabremos nunca.

«La negra maga despertó... del velo  
En que se envuelven sus facciones bellas;  
Como blancas campanulas del cielo  
Surgieron vaporosas las estrellas.»

¡Vamos, que... llamar á las estrellas *campanulas del cielo!*...

Lo mismo las podía haber llamado desazones...

Y luego decir que las estrellas son vaporosas...

Lo mismo podía haber dicho que eran infelices.

Adelante.

«El lirio cintilante de la noche...»

¿Que cuál es el lirio cintilante de la noche?...

¡Cualquiera lo sabe!...

¡Se les ocurren á ustedes unas preguntas!...

El lirio.... cintilante... de la noche...  
Nada... lo que es yo no adivino lo que  
pueda ser ese *lirio cintilante*.

A no ser que acaso por el contesto, por los  
disparates consiguientes...

«El *lirio cintilante* de la noche  
Se hunde en un mar de *vívida escarlata*...»

Y cada vez lo entiendo menos.

Porque... ¿qué mar de *vívida escarlata* pue-  
de haber por la noche, cuando todos los ga-  
tos son pardos, según el refrán conocido?

Y quien dice los gatos dice los mares; que  
no dejan de tener con los gatos algún pare-  
cido, mayor que los que busca y encuentra  
el vate Rocamonde.

Aunque no sea más que el de no tener,  
cuando no hay luz, color definido.

Pero volvamos al lirio cintilante y al mar  
de *escarlata vívida*...

«El *lirio cintilante* de la noche  
Se hunde en un mar...»

Miren ustedes que un lirio hundiéndose en  
un mar... de *escarlata vívida*...

«Se hunde en un mar de *vívida escarlata*  
Y es el abierto vaso de su broche...»

A ver, á ver... Déjenme ustedes pala-  
dearlo...

Y es... el abierto... vaso... de su broche...

Es decir, que el broche del lirio tiene un  
vaso... y el vaso del broche del lirio es...

«Y es el abierto vaso de su broche  
Volcán que llueve lágrimas de plata...»

¡Dios de Israel!... ¡Pero cuánto desatino!  
Un *lirio cintilante*... de la noche, lirio que  
no es posible saber qué es, se hunde en un mar  
de *vívida escarlata*, que tampoco se sabe qué  
mar puede ser; y después de hundido el lirio  
en el mar de *escarlata vívida*, resulta que el  
*vaso abierto* del broche del lirio es un *volcán* y  
que ese volcán *llueve*, y lágrimas de plata  
nada menos...

Rematado... loco rematado.

«Y al alzarse...»

Esto es bastante feo: y *al-al*...

«Y al alzarse del fondo de la niebla.  
*Impenetrable* clámide del cielo...»

¡Miren ustedes que esto también!... La  
niebla una clámide... del cielo...

Y aunque lo fuera, ¿por qué llamarla *impe-  
netrable*?...

«Y al alzarse del fondo de la niebla  
*Impenetrable* clámide del cielo...»

Pero antes de pasar adelante querrán us-



tedes saber quién se alza del fondo de la niebla, ¿verdad?

Pues no se sabe... A lo menos por ahora no se sabe.

«Y al alzarse del fondo de la niebla  
Impenetrable clámide del cielo,  
Es la dulce Desdémona que puebla  
De caricias y luz la faz de Otelo...»

¡Qué atrocidad!...

Pero, ¿qué será eso que al alzarse del fondo de la niebla, etc., es la dulce Desdémona que puebla..., etc?

¿Será el lirio cintilante de la noche que se hundía poco hace en un mar de vívida escarlata, y que el vaso abierto de su broche era un volcán que llovía lágrimas de plata?...

¡Quiá! No se concibe.

¿Cómo podía un *lirio cintilante* de la noche —que tampoco se sabe lo que es; pero, en fin, sea lo que sea—cómo podía un lirio cintilante de la noche, hundido en un mar de escarlata vívida, y de cuyo broche el abierto vaso es un volcán que llueve, ser al mismo tiempo la dulce Desdémona?...

Y, sin embargo, del texto no se deduce otra cosa...

Es decir, sí; se deduce que el Rocamonde este, ó es un burlón que se ha propuesto reirse de los lectores amontonando desatinos, ó tiene el entendimiento trastornado.

Porque realmente sus versos hacen recordar la quintilla famosa:

He visto un burro volar,  
Y una torre andar á gatas,  
Y, en el medio de la mar,  
Un lobo asando patatas  
Para, á la noche, cenar.

¿Qué diferencia va de esto á estotro?

«El lirio cintilante de la noche  
Se hunde en un mar de vívida escarlata,  
Y es el abierto vaso de su broche  
Volcán que llueve lágrimas de plata...  
Y al alzarse del fondo de la niebla  
Impenetrable clámide del cielo,  
Es la dulce Desdémona que puebla  
De caricias y luz la faz de Otelo...»

¿Verdad que el parecido entre los dos trozos es mucho mayor que los que al principio de su composición hallaba Rocamonde?...

Pero concluyamos. No nos falta más que el último cuarteto de la obra, que dice:

«Sobre el altar de *trasparencia suma*  
En que la negra maga se arrodilla...»

Ya pareció otra vez la negra maga, que antes *despertó* y... desapareció como un relámpago, sin decirnos quién era.

Y lo probable es que ahora haga lo mismo

«Sobre el altar de *trasparencia suma*  
En que la negra maga se arrodilla...»

Hay que decir á Rocamonde que eso de arrodillarse en el altar tampoco está bien, ni es de uso corriente.

Los altares no son para arrodillarse en ellos, sino ante ellos ó al pie de ellos.

Pero me parece que Rocamonde debe de entender poco de altares... Quizá no haya visto ninguno en su vida.

«Sobre el altar de *transparencia suma*...»

O de sumo ripio, que viene á ser igual en este caso...

«Sobre el altar de *transparencia suma*  
En que la negra maga se arrodilla,  
Cual *hostia colosal* hecha de espuma  
El *astro blanco* se levanta y brilla.»

¡Bueno! Antes la luna era un *cisne de luz*... Después era un querub que deshacía copos de espumas en el seno de una onda... Ahora es una hostia colosal, *hecha de espumas*... y de plagios...

Porque esto de comparar á la luna con la hostia que se levanta... se le ocurrió hace ya muchos años á Víctor Hugo.

De él lo han plagiado otros vates modernos, como nuestro D. Gaspar Núñez de Arce, que dijo en el *Vértigo* aquello de

«La luna, como hostia santa,  
Lentamente se levanta  
Sobre las olas del mar.»

Imagen que le fue muy celebrada, aunque no era suya.

Y de Víctor Hugo ó de D. Gaspar lo ha plagiado más tarde Rocamonde.

Para que siempre sea verdadera la frase que dice... ó puede decir que «no quita lo modernista á lo plagiario».

Y quedamos en que la única imagen aceptable en la composición de Rocamonde, que es esa de la hostia, no es suya, sino hurtada.

Y un poco estropeada con el epíteto *colosal*, que no la corresponde.

Porque la luna no es hostia colosal á la simple vista.

No es más que algo grande.

Lo colosal son los disparates de Víctor Rocamonde.